

# 1

VIOLET

Juro que esa vieja cafetera exprés me odia.

Pongo los brazos en jarras y entrecierro los ojos ante ese frustrante trozo de metal, tratando de ignorar la gota de sudor que me recorre la espalda.

A mi derecha se ha formado una pequeña cola de clientes en el mostrador de recogida de True Brew. Aunque hasta ahora no ha habido quejas, puedo sentir cómo la famosa impaciencia neoyorquina va en aumento con cada segundo y con cada mirada al reloj.

—Perdón por la espera —digo, confiando en que mi sonrisa no parezca tan agotada como me siento—. ¡Su café estará listo en un santiamén! —Me acerco poco a poco a la máquina, mirando a mi alrededor para asegurarme de que nadie puede oírme—. Si no lo haces por mí, hazlo por papá —susurro.

Junto las manos y contengo el aliento, como si creyera que va a ponerse en marcha al mencionar a su difunto dueño. Por desgracia, no parece que vaya a añadir «susurradora de máquinas» a mi currículum en un futuro próximo, ya que se mantiene en un silencio obstinado. Y ahora, salvo darle golpecitos frenéticos al indicador de temperatura, me he quedado oficialmente sin ideas.

Jarrod se acerca a mí y me empuja con el hombro.

—Déjame echarle un vistazo —sugiere—. Encárgate de la caja.

Me aparto un mechón de pelo de los ojos con el dorso de la muñeca y le dedico una sonrisa agradecida.

—Me salvas la vida. —Jarrod lleva un par de años trabajando en True Brew y ha desarrollado una habilidad extraordinaria para mantener en marcha esta máquina tan caprichosa. Pero, a pesar de su

toque mágico, no se puede negar la verdad: voy a tener que sustituirla antes o después.

Lo dejo ahí para que le eche un vistazo y que, con un poco de suerte, consiga que todo vuelva a funcionar, y me dirijo al mostrador. Solo hay una clienta esperando, una madre joven de aspecto agobiado con una niña pequeña inquieta a la que lleva en brazos y apoyada en las caderas. La pequeña, que luce una magnífica melena de rizos rojizos, parece acalorada y de mal humor, a punto de estallar.

Le sonrío a la madre y tomo nota del café que quiere. Después de cobrarle, señalo el tarro de gigantescos y esponjosos malvaviscos que tenemos en el mostrador.

—¿Le puedo dar uno?

El rostro de la mujer se ilumina.

—Le encantaría. —Se vuelve hacia su hija—. ¿Verdad, Molly?

La niña esconde la cabeza en el hombro de su madre, pero después la levanta para mirarme y asiente.

Sonrío para mis adentros, levanto la tapa del tarro y uso unas pinzas pequeñas para sacar un malvavisco rosa.

—Toma, cariño.

La niña extiende la mano y yo se lo dejo caer en la palma. Se lo lleva al pecho y lo mira, embelesada.

—Muchas gracias —dice su madre—. Ha tenido un día muy largo. Las dos lo hemos tenido.

—Bueno, espero que lo disfrute. Y espero que tú disfrutes del café. Me parece que te lo has ganado.

Me dedica una última sonrisa antes de dirigirse al mostrador de recogida. Molly se despide haciendo un gesto con la mano por encima del hombro.

Por desgracia, no hay ningún otro cliente haciendo cola detrás de ella, y se me hunden los hombros al echar una ojeada al local. La pequeña y rústica cafetería con paredes de ladrillo parece más aburrida que acogedora, y casi todas las mesas de madera están vacías.

Durante una fracción de segundo, recuerdo otro tiempo, uno en el que True Brew estaba abarrotado y lleno del sonido de charlas alegres, el silbido de la máquina de café exprés y el tintineo de los cubiertos. Por encima de todo eso podían escucharse las carcajadas atronadoras de mi padre cuando bromeaba con los clientes que hacían cola para disfrutar de pasteles horneados en la propia cafetería, comidas

sencillas y sabrosas y una variedad de café artesanal de origen cultivo sostenible.

Suelto un suspiro. Eso era entonces, y esto es ahora.

Hace veinte meses, un infarto nos arrebató a mi padre, y con su fallecimiento se fueron el corazón y el alma de True Brew. Y después de que el gerente que mi hermano Mark y yo cometimos el error de contratar para llevar el local lo gestionara mal, la cafetería ya no es el bullicioso centro comunitario que solía ser.

Por eso, cuando Mark me llamó hace cinco meses para decirme que quizá tendríamos que vender, supe lo que tenía que hacer. Dejé mi trabajo en una organización sin ánimo de lucro con sede en Maine y regresé a casa. True Brew es todo lo que nos queda de mi padre, y de ninguna manera voy a ser yo quien ponga un cartel de «Se vende» en su sueño.

—Ya está en marcha, jefa —anuncia Jarrod a mis espaldas.

Me vuelvo hacia él y me invade la familiar oleada de gratitud por que siga trabajando aquí. Solo tiene veinticinco años, la misma edad que yo, y podría haberse ido a otro sitio cuando las cosas empezaron a ir mal, pero se quedó. Estoy convencida de que su cara familiar es lo que ha hecho que nuestros pocos clientes fieles que quedan sigan viniendo. Aunque ahora que he convencido a José, el proveedor de café de especialidad de toda la vida de True Brew, para que nos renueve el contrato de suministro —una de las *víctimas* de las medidas de ahorro del anterior gerente—, espero poder atraer a más clientes.

Solo tengo que mantener el local a flote hasta que eso ocurra.

Le sonrío a Jarrod.

—Menos mal que esa máquina te adora.

—Debería. —Le brillan los ojos color avellana—. Mi relación con ella ha durado más que ninguna otra que haya tenido con una mujer de carne y hueso.

Me aparto para que pueda ocupar su sitio en la barra, riendo.

—Eso es porque tu sonrisa encantadora no deja de meterte en líos —lo provoco.

Ladea la cabeza y esboza una sonrisa torcida.

—¿Crees que soy encantador?

Le señalo la cara con un dedo.

—Es justo a eso a lo que me refiero. No creas que no me he dado cuenta de que las chicas que vienen aquí te lanzan miraditas seductoras.

Con su pelo oscuro, esa sonrisa pícaro y ese hoyuelo, entiendo por qué lo encuentran atractivo, aunque yo no siento ningún cosquilleo en el estómago cuando me dedica esa sonrisa.

Le doy una palmadita de agradecimiento en el brazo y, tras tensar la goma con la que me recojo la melena, me centro en atender el pequeño atasco de pedidos de café.

Pronto se acaba la hora punta —aunque no estoy segura de si debería llamar «hora punta» a ese goteo de gente— y nuestra camarero a tiempo parcial, Sarah, se va a casa.

Estoy preparando unos cafés para Jarrod y para mí cuando suena el timbre de la puerta y mi mejor amiga, Anna, entra tranquilamente. Acaba de salir de su trabajo como entrenadora personal y todavía lleva puestos los pantalones de yoga y la camiseta sin mangas. Rodeo el mostrador para darle un abrazo.

—¿Qué haces aquí a estas horas?

—¿Te puedes creer que mis dos últimos clientes han cancelado la clase? Pues yo me lo he tomado como una señal de que debía visitar a mi persona favorita.

—Pues qué oportuna. —La cojo de la mano y la guio hacia una de las mesas del fondo—. Jarrod y yo estábamos a punto de tomarnos un café.

Anna arquea sus cejas oscuras y una sonrisa emocionada se dibuja en su rostro.

—No quiero interrumpir nada...

Pongo los ojos en blanco, aunque reprimo una sonrisa.

—Sabes que no es así.

—Mmm, si tú lo dices...

Bajo la voz y echo un vistazo hacia Jarrod, que está recogiendo:

—Que trabajemos juntos no significa que haya algo entre nosotros. Además, soy su jefa.

—Como si eso fuera un impedimento —se burla—. ¿No has leído ninguna novela romántica últimamente? Además, lo he pillado mirándote. ¿Y lo has visto? Es imposible que no sea bueno en la cama. Podría ser justo lo que necesitas para salir de la rutina.

Al otro lado de la sala, Jarrod limpia la encimera, flexionando los músculos de los antebrazos de una forma que incluso yo puedo valorar positivamente.

Me vuelvo y le doy un codazo a Anna para que se siente.

—Mira así a todo el mundo. Incluida a ti. Pero, por favor, no intentes averiguar por ti misma si es tan bueno como parece. Lo último que necesito es una tensión extraña entre mi mejor amiga y mi mejor empleado.

Anna se sienta y cruza los antebrazos sobre la desgastada mesa de madera.

—Es guapo, y seguro que sería bueno, pero tiene demasiada energía de golden retriever para mí. Yo soy más la clase de chica a la que le gustan los tíos arrogantes y seguros de sí mismos. —Me guiña un ojo sin pudor.

No puedo evitar reírme. Sin duda es así. El gusto de Anna por los hombres siempre ha derivado hacia los típicos alfas, pero con un toque de rebeldía. Yo prefiero a un chico dulce antes que a un rompecorazones arrogante sin dudarlo. Son todo encanto y arrogancia hasta que te enamoras de ellos. Luego, una vez que han conseguido lo que quieren y te han hecho sentir algo, se les cae la máscara y aparece su verdadero yo.

—En fin. —Anna señala con la cabeza hacia la barra—. Has estado trabajando demasiado. Ve a por tu café y siéntate conmigo. Porque si Jarrod no está en la carta, tengo una sugerencia.

Le lanzo una mirada de curiosidad, pero ella se limita a sonreír y no dice nada.

—¿Quieres un café tú también? —le pregunto.

—Bueno, ya que me lo ofreces, me encantaría uno de tus cafés con leche de origen único.

Unos minutos más tarde, le pongo a Anna la taza delante. Ella sonríe al ver el gato de *latte art* con el que he decorado su café. Es una técnica que por fin he dominado tras muchos intentos fallidos, y que Jarrod solía llamar en broma mis «atrocidades de *latte*».

Cojo mi taza y me acomodo en el asiento de enfrente a ella.

—Vale, ¿y cuál es esa sugerencia?

Ella se echa hacia delante y me mira con seriedad.

—Quiero que me escuches antes de decir nada.

Asiento.

—Por supuesto.

—¿Te acuerdas de que hace como un año te hablé de ese chico con el que salía? Mayorg, guapo, rico...

Por aquel entonces yo aún vivía fuera del estado, pero recuerdo la conversación telefónica que tuvimos sobre Richard y sobre algunas de las cosas que le gustaban de él.

—Ah, sí, claro que lo recuerdo. Pero se marchó, ¿no? ¿Ha vuelto?

—Sigue en California. Acordamos romper definitivamente cuando se mudó, y no hemos hablado desde entonces. Pero ¿te acuerdas de que te conté que me llevó a ese club...?

Se le sonrojan un poco las mejillas. Anna y yo somos amigas desde el instituto, y para nosotras hablar de relaciones y sexo no es nada nuevo; además, ella no es tímida, así que el rubor que luce me hace preguntarme qué es lo que hicieron exactamente ella y Richie el rico en ese club.

—Me acuerdo, pero no entraste en detalles.

Da un sorbo a su café y me mira encima del borde de la taza.

—Es difícil de describir. Digamos simplemente que fue... eeh... liberador.

Arqueo una ceja.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir al respecto?

—Bueno... —Me dedica una sonrisa pícaro—. No quiero desvelar demasiado, porque creo que deberías experimentarlo por ti misma.

Me da un vuelco el estómago y se me tambalea la taza de café; la enderezo justo antes de que se derrame.

—¿Quieres que vaya a un... un club de sexo? —susurro la última parte—. Lo siento, pero ¿no me conoces? Es una idea terrible.

Ella hace un puchero, aunque sus ojos oscuros brillan de diversión.

—Has prometido escucharme hasta el final. —Me muerdo el labio inferior y asiento de nuevo. Sí, se lo he prometido, pero creo que no me apetece saber adónde quiere llegar con todo esto—. Sé lo que estás pensando. Yo pensé lo mismo cuando Richard me lo sugirió. Pero ese lugar no es sórdido en absoluto. Es superexclusivo porque atiende a mucha gente muy rica y muy famosa. Se investiga a los socios y es obligatorio llevar máscara para entrar, así que todo el mundo conserva el anonimato. —Me mira fijamente a la cara y luego hace una mueca, probablemente porque es evidente que no me está convenciendo—. Mira, ahí se toman muy en serio la seguridad. Las comprobaciones de antecedentes son obligatorias, incluso para los invitados. Las máscaras sirven para garantizar el anonimato, pero te prometo que no es nada raro. —Esboza una leve sonrisa—. De hecho, es bastante sexy. Piénsalo, es una oportunidad única en la vida para codearte con los ricos y famosos mientras se ponen sensuales. Y... —se detiene un instante para generar expectación—, si decides

que quieres probar, es perfecto para encontrar sexo sin ataduras, anónimo, seguro y para liberar estrés. Lo cual, amiga mía —me señala dramáticamente—, necesitas desesperadamente después de todo lo que has pasado en los dos últimos años.

Intento asimilar lo que me está sugiriendo. Sé que no solo está hablando de True Brew, ni siquiera de lo mucho que he sufrido por la muerte de mi padre y por no haber estado aquí cuando falleció, aunque he batallado con todo eso. También se refiere a mi ex, Eric, que me engañó. Anna es la única persona a la que le conté lo que pasó con él, ya que no quería cargar a Mark con las consecuencias de mis malas decisiones en cuestión de hombres, más que nada porque solo puedo culparme a mí misma por haber estado tan ciega ante todas las señales de alarma de Eric. Eso significa que Anna es la única que sabe por qué he sido tan reacia a abrirme a otra relación.

Eso no significa que no haya echado de menos el contacto con un hombre. Puede que tenga a mi fiel novio a pilas en casa, pero no hay nada que sustituya esa interacción humana y esa conexión piel con piel. ¿Podría ser esa la respuesta? Una noche sin nombres, sin expectativas, sin intercambiar números... Sin sentimientos heridos porque la pregunta ni siquiera se plantea. Y sin el momento incómodo de la «mañana después».

Anna me observa frunciendo el ceño.

—No quiero presionarte ni hacerte sentir incómoda. Pero te vendría bien desconectar, aunque solo sea por una noche. Una pequeña distracción de todo lo que te está pasando. —Pone su mano sobre la mía en la mesa y me la estrecha—. Y no hay ninguna presión. Puedes hacer tan poco o tanto como quieras. La zona de la entrada es casi como una discoteca normal, así que cuando llegemos allí, podemos beber y bailar sin más. No tiene por qué llegar más allá. Pero si conoces a alguien que te guste, entonces, ya sabes, puedes explorar la conexión.

Mi ritmo cardíaco se acelera. ¿Podría hacerlo? Como mínimo, es algo que tachar de mi lista de cosas que hacer antes de morir. Tampoco es que ir a un club de sexo esté en ella, pero ¿quién no ha añadido alguna vez una tarea a una lista solo para tener la satisfacción de tacharla? Y la perspectiva de hacer algo tan fuera de lo normal, tan salvaje, me resulta extrañamente atractiva. Hace mucho tiempo que no me comporto de forma despreocupada ni actúo de manera

remotamente espontánea. Quizá sea una locura, pero una noche de puro escapismo suena... bien.

Por no mencionar que sería un enorme «Que te jodan» para Eric. Inspiro hondo.

—Vale, digamos que me lo estoy planteando. Richard te invitó a ir, ¿verdad? ¿Cómo vamos a entrar si él no está?

Los ojos de Anna se iluminan y se endereza un poco.

—Antes de irse, me dejó pagada la cuota de socia. Dijo que era un regalo de despedida. Pero, para ser sincera, no me ha apetecido ir sin él. —Se lleva el café a los labios y da un pequeño sorbo antes de continuar—. Lo que pagó vence dentro de un par de semanas, y sería una pena no usarla al menos una vez. Sobre todo porque no son baratas. Y como soy socia, puedo llevarte como invitada. Solo tendríamos que enviar tus datos para una verificación de antecedentes, y, una vez que los hayan procesado, te dejarán entrar conmigo. —Se echa hacia delante—. No tienes por qué decidirlo ahora. Piénsalo y avísame.

Podría pensarlo. O podría armarme de valor, darme permiso para tener una noche libre de ser Violet, la propietaria de una cafetería en apuros, y hacer algo atrevido por primera vez en mucho tiempo.

Me termino el café, dejo la taza sobre la mesa y le dedico una sonrisa a Anna, una que probablemente parece mucho más segura de lo que en realidad me siento.

—¿Y qué me pongo?

## 2

TATE

La madera pulida de la barra brilla bajo el resplandor de las lámparas de araña, y el ambiente resulta un poco pesado por la mezcla de aromas de colonia y perfume, cortesía de la élite de Nueva York que abarrota el salón de baile a mis espaldas.

Doy unos golpecitos con el dedo en el borde de mi vaso, ya vacío. El camarero me dedica una expresión cómplice y va a por el Macallan 25.

—¿Estás intentando batir un récord, Tate? —bromea. Que ahora sea amigo del personal del bar es una prueba de a cuántos eventos de esta clase he asistido últimamente. Esta es la cuarta gala benéfica a la que acudo en un plazo de seis semanas.

—Solo intento batir mi marca personal. —Me llevo el vaso bajo a los labios e inhalo el aroma cálido a roble antes de beber. El ardor ahumado del whisky es un alivio bienvenido que me recorre la garganta.

He cumplido con mi deber de hacer contactos como jefe de marketing de la empresa de mi familia, King Group, y he estado socializando durante lo que parece una eternidad de monotonía, hablando de todas nuestras últimas promociones inmobiliarias. Ahora me estoy tomando un merecido descanso en el bar. Al menos, creo que me lo he ganado.

La gala Blue Planet es un evento de alto nivel dedicado a la conservación del medio ambiente, lo que significa que el salón de baile está lleno de personas influyentes y de gente que busca ascender en la escala social mientras fingen preocuparse profundamente por la causa aunque en realidad estén más interesados en el patrimonio neto de los demás. Y como mi patrimonio neto es uno de los más elevados, hay muchas miradas puestas en mí.

—¿Cuánto tiempo más tiene que pasar hasta que podamos irnos?  
—me pregunta mi hermano mayor, Cole, en voz baja, haciéndose eco de mis propios pensamientos.

Suelto un suspiro de alivio y me vuelvo hacia él, solo para descubrir que no me está hablando a mí: se está dirigiendo a la guapa mujer de cabello oscuro que tiene acurrucada a su lado.

Delilah, su prometida, lo mira con los ojos verdes relucientes de diversión.

—Solo llevamos aquí una hora.

Joder. Habría jurado que había pasado más tiempo.

A pesar de esa desagradable revelación, tengo que reprimir una sonrisa cuando Cole agacha la cabeza para acercar la boca a su oído y murmurarle que preferiría estar en casa haciendo que ella grite su nombre.

—¡Cole! —sisea ella, con un ligero rubor que le tiñe los pómulos, dándole una palmadita en el pecho enfundado en un esmoquin.

Me los quedo mirando un instante. Nunca pensé que vería a mi hermano enamorado, pero, por sorprendente que parezca, le sienta bien. Desde que está con Delilah, sonrío con más facilidad y se ríe con más frecuencia. Él la toca constantemente, o ella lo toca a él; desde sutiles caricias hasta la forma posesiva en que su brazo le rodea la cintura, Cole parece empaparse de todo, como si no pudiera saciarse. Como si no pudiera saciarse de ella.

—Tengo que quedarme al menos otra hora —afirma sin rodeos Roman, mi hermano mayor, interrumpiendo mis pensamientos—. Y si yo tengo que estar aquí, tú también.

No puedo resistirme a provocar al oso.

—No me digas que el malvado gran director ejecutivo de King Group necesita que lo cojan de la mano en una fiesta. Si ese es el caso, estoy seguro de que hay un montón de mujeres que se ofrecerían voluntarias para el trabajo. Aunque —ladeo la cabeza— quizá no sea tu mano lo que quieran cogerte...

Me clava sus fríos ojos grises y esta vez no puedo contener una sonrisa burlona.

—Lo que necesito de ti no es que me cojas de la mano —replica—. Lo que necesito es que la dirección del Grupo King presente un frente unido. Y eso no implica que mi jefe de operaciones se vaya a casa con su prometida ni que mi jefe de marketing desaparezca el resto de la

noche en un rincón oscuro con la aburrida mujer de la alta sociedad que tenga más a mano.

Controlo mi expresión para evitar mostrar el repentino enfado que provocan sus palabras, le sostengo la mirada y le doy otro sorbo de whisky, aunque no puedo discutirle esa predicción. Hasta hace poco, ese había sido mi procedimiento habitual en eventos como este, pero han pasado meses desde que hice mi último numerito, y él lo sabe, aunque no esté dispuesto a reconocerlo.

—No te preocupes. Las integrantes de la alta sociedad aburridas del mundo están a salvo de mí esta noche.

Con nada más que una mirada con los ojos entrecerrados y un gesto de asentimiento, vuelve a dirigirse al salón de baile, donde los más ricos y detestables de Nueva York están en pleno momento de ver y ser vistos.

Cuando Delilah se aparta de Cole para ponerse a mi lado, le echo un vistazo y sonrío ante la expresión sombría de su rostro. Nuestra relación ha mejorado significativamente durante el último año y medio, pero no estoy convencido de que alguna vez vaya a perdonarme del todo por mi forma de ayudarla cuando estaba a punto de echar a perder lo mejor que le había pasado nunca.

Hablando de eso, me vuelvo hacia Delilah.

—¿Te he dicho ya lo guapa que estás esta noche? —Ignoro el gruñido que sale de mi hermano.

Las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba.

—Ya me lo has dicho, gracias. —Me toca el brazo—. Cole me ha enseñado tus ideas de marketing para Genesis-1 y me encantan. Destacas todas las características de sostenibilidad sin dejar de mostrar el lujoso estilo de vida de un rascacielos. —No es un elogio vano viniendo de ella, ya que es una de las arquitectas que ha estado trabajando en el proyecto, el segundo de King Group.

Asiento en señal de agradecimiento por su halago. Para ser sincero, Genesis-1 casi se vende solo: arquitectura de vanguardia, tecnología de última generación, lujo sin igual y una huella de carbono neutra; supondrá un punto de inflexión en el mercado inmobiliario de Nueva York una vez construido. Aunque aún faltan meses para que comience la construcción. Mientras tanto, es tarea de mi equipo, y mía, asegurarnos tantas preventas como sea posible y garantizar que el flujo de caja se mantenga estable y la confianza de los inversores siga siendo alta.

Mientras recorro con la mirada a la multitud, una rubia alta y esbelta capta mi atención, más que nada porque ella no aparta la vista de mí. Esboza una sonrisa lenta y seductora, y en su expresión hay un destello de deseo que me resulta demasiado familiar cuando se lleva la copa de champán a los labios.

No es la primera mujer que intenta captar mi atención esta noche. Y no hace mucho no habría dudado en aceptar su invitación tácita. Tiene toda la pinta de ser una mujer a la que le gustaría follar contra una pared y disfrutar de un par de orgasmos para pasar la noche. Pero las cosas han cambiado. La reputación que me he ganado a lo largo de los años no ha dado precisamente buena imagen a la empresa. Y desde que mis hermanos y yo nos hicimos cargo de todo tras el arresto de mi padre hace dieciocho meses, lo último que quiero es poner en peligro su futuro. Sobre todo ahora que mi relación con Cole, y en menor medida con Roman, está mejorando de nuevo. A mis veintinueve años, por fin quiero estar a la altura de mis hermanos y saber que he contribuido tanto como ellos al negocio.

Por eso he estado haciendo todo lo posible por demostrar que me he reformado. Aunque nadie lo diría, a juzgar por los artículos cada vez más absurdos que se han publicado sobre mí últimamente. Es como si, a falta de cualquier comportamiento realmente escandaloso por mi parte, la prensa sensacionalista estuviera decidida a inventarse las historias más descabelladas que se le ocurran. Como la de hace dos semanas: alguien me sacó una foto junto a una recién divorciada y su hija de veinte años y las dos me sonreían, lo que al parecer significaba que estábamos a punto de hacer un trío. Puede que haya hecho algunas locuras en mi vida, pero hacer un trío con dos miembros de la misma familia no es una de ellas.

Así que me limito a dedicarle a la mujer una sonrisa cortés y sigo contemplando la escena de deslumbrante exceso que tengo ante mí. Por desgracia, la siguiente rubia que entra en mi campo de visión se acerca a toda velocidad, y, de repente, desearía haberme escapado a un rincón oscuro con la primera cuando tenía la oportunidad.

Mi madre se frena de golpe frente a nosotros, obsequiándonos a todos con una sonrisa gélida. Va ataviada con un vestido de un azul tan frío como sus ojos... y probablemente como su corazón.

—Roman, Cole, Tate —dice, a modo de saludo—. Delilah...  
—Vacila un instante y luego continúa—. Me alegro de volver a verte,

querida. —Es curioso que su futura nuera reciba siete palabras más de saludo que sus hijos. Tampoco puedo culparla: probablemente Delilah vale más que los tres juntos. Cole mencionó hace un tiempo que pensaba que no tener a nuestro padre cerca podría suavizarla un poco, y quizá sea así, pero yo no lo veo.

Doy otro sorbo de whisky mientras mi madre entabla una charla trivial con nosotros en la que incluso a ella le cuesta fingir interés. Su atención se centra en la multitud, e intenta asegurarse de que sus amigos de la alta sociedad nos vean.

En los círculos en los que nos movemos, la apariencia lo es todo. Y a mi madre siempre le ha gustado que el mundo piense que la familia King está unida, incluso en los momentos en que hemos estado de todo menos eso, y esa actitud es más acusada desde que se divorció tras la condena por uso de información privilegiada. Y lo entiendo: su matrimonio solo podía considerarse como tal de nombre. Teniendo en cuenta las cuantas aventuras tuvo mi padre, me sorprende que esperara a que lo encarcelaran antes de firmar los papeles del divorcio.

Aunque ella tampoco es precisamente una santa. Los dos se acostaron con otras personas durante todo su matrimonio. Aunque, por lo que yo sé, mi padre nunca cometió el error de dejar pruebas de sus indiscreciones, y yo me enfrento a la prueba irrefutable de las de mi madre cada vez que me miro al espejo. Mientras que Cole y Roman tienen los ojos claros como nuestros padres, los míos son de un distintivo color marrón dorado. Mis hermanos heredaron el cabello oscuro de mi padre, y aunque yo podría haber heredado mi pelo rubio de mi madre, el suyo es de un platino frío, mientras que el mío es de un color más cálido y rojizo. Incluso mi tono de piel es diferente: tengo un bronceado natural que perdura incluso en invierno. A pesar de lo que pone en mi partida de nacimiento, todos sabemos la verdad. Aunque jamás hablamos de ello abiertamente.

—He oído que vuestro padre está concediendo entrevistas a algunos medios. —Las palabras de mi madre interrumpen mi línea de pensamiento.

—A papá le gusta la atención casi tanto como a ti —suelto, dedicándole una sonrisa demasiado amplia cuando me lanza una mirada fulminante. Mi capacidad para controlar lo que digo cuando estoy con ella parece disminuir a medida que me hago mayor.

Como siempre, no reacciona más allá de una expresión severa. Una reacción implicaría que le importara lo que pienso de ella. Se limita a carraspear y sigue como si no hubiera dicho nada.

—No tengo ni idea de qué espera conseguir, aparte de volver a llamar la atención sobre sus fechorías y arrastrar el nombre de los King por el fango otra vez.

—Ya sabes cómo es papá —interviene Cole—. Ver cómo nos hacemos cargo de la empresa y la llevamos a nuevas cotas probablemente lo esté volviendo loco. Solo quiere que su nombre vuelva a brillar en las luces de neón.

Resoplo.

—Está en la cárcel por uso de información privilegiada, no por una serie de atracos a mano armada. No va a tener a la gente haciendo cola para escuchar las historias sórdidas de su vida delictiva.

—¿A qué viene esa actitud esta noche? —pregunta Roman con tono irritado.

Clavo la vista en mi copa, haciendo girar el líquido ámbar que hay en el fondo. La verdad es que no estoy seguro. Normalmente se me da mejor fingir en este tipo de eventos. Quizá sea porque, en mi afán por convertirme en un miembro responsable y comprometido de la familia King, hace meses que no me acuesto con nadie.

—Anoche me acosté tarde. —Me encojo de hombros.

Mi madre suelta un bufido.

—Solo espero que los detalles no salgan mañana en la prensa sensacionalista.

Esbozo una sonrisa burlona.

—No te preocupes, mamá. Me aseguré de tirarme a la fotógrafa que me hizo la foto mientras me metía una raya en un callejón con tres putas. Creo que dirá cosas buenas de mí en el artículo. —Por cómo se le dilatan las fosas nasales, la he horrorizado de verdad. Me tomo un momento para saborear la satisfacción que eso me produce y apuro mi copa—. Disculpadme, veo a una mujer al otro lado de la sala con mi nombre escrito en ella.

Le guiño un ojo a Delilah y me alejo de ellos, abriéndome paso entre un mar de esmóquines impecables y vestidos de noche elegantes. La gente se me acerca mientras atravieso la multitud, me estrecha la mano e intenta ganarse mi favor o, en el caso de muchas de las mujeres, coquetea y trata de asegurarse una noche en mi cama.

Tampoco es que mi cama esté en el menú, pero si me ofrecen cualquier otra superficie plana, estoy listo para ponerme en acción. O al menos lo estaba. A pesar de lo que le he dicho a mi madre, no hay ninguna mujer aquí que me interese lo suficiente como para pararme con ella.

El teléfono pita en mi bolsillo y lo saco, usándolo como excusa para alejarme de la morena con curvas que ahora mismo intenta captar mi atención. Es un mensaje de mi socio, Reid.

***Reid:** Espero que tengas pensado venir pronto.  
Tenemos asuntos que discutir.*

Sonríó. Todos los mensajes de Reid suenan un poco siniestros. Quizá sea porque él mismo es un poco siniestro, o al menos esa es la impresión que le gusta dar. Es tan reservado sobre su pasado que no me sorprendería que tuviera algunas conexiones no demasiado limpias. Pero hace tiempo que no voy a Onyx, el club del que somos copropietarios y la idea de hablar de negocios tomando una copa de repente me parece mucho más atractiva que estar aquí.

Echo una ojeada a la sala y veo a toda la gente que se fija en mí, que quiere algo de mí. A la mierda. Puede que Roman tenga algo que decir al respecto si se entera de que me he ido temprano, pero, al menos esta noche, no me importa. Conseguir su aprobación, de cualquier forma, puede que sea una quimera.

***Yo:** Invítame a una copa esta noche y seré todo tuyo.*

***Reid:** Si tienes suerte, te invitaré a dos. Pero más te vale darlo todo.*

Con una risita, vuelvo a guardarme el móvil en el bolsillo, me aflojo la corbata y me dirijo hacia la salida.

### 3

VIOLET

Contemplo mi reflejo mientras me retoco el pintalabios rojo. ¿Cuándo fue la última vez que me arreglé así? Solo el tener que hacerme esa pregunta garantiza que ha pasado demasiado tiempo. Pero no es salir por primera vez en mucho tiempo lo que me pone nerviosa esta noche: es el lugar al que voy.

Desde el momento en que acepté ir con Anna hasta ahora, he evitado pensar de verdad en todo el concepto de visitar un club de sexo. Era más fácil dejarlo como una idea abstracta. Ahora que me han aceptado como invitada y que me estoy preparando para salir de mi zona de confort, los nervios me recorren todo el cuerpo.

Anna, sin embargo, está tranquila. Se acerca bailando con dos copas de vino blanco en las manos y me pasa una. Su expresión es tierna cuando cruza su mirada con la mía en el espejo.

—Estás preciosa.

Sonrío.

—Tú también. —Sus brillantes rizados oscuros y sus ojos color café contrastan vivamente con mi cabello ondulado rubio tirando a castaño y mis ojos azules. Mi complexión es un reflejo de la de mi madre. No la recuerdo, ya que murió cuando yo era muy pequeña, pero es obvio que me parezco a ella a juzgar por las fotos familiares que mi padre tenía colgadas en la pared, y por la que yo tengo ahora en mi mesita de noche. Echo un vistazo al atuendo de Anna, que es de lo más sexy. Lleva un top rojo escotado con cuello *halter* y unos pantalones de cuero ceñidos que resaltan todas sus curvas. Arqueo una ceja al ver los pantalones—. No sé mucho de clubes de sexo, pero supongo que cuanto más fácil sea el acceso, mejor.

Ella se echa a reír.

—Cierto. Pero no pienso dejar que nadie se acerque esta noche.

Me doy la vuelta para mirarla.

—Pensaba que ibas a..., ya sabes, a hacer algo. Es tu última oportunidad, ¿no?

Se encoge de hombros.

—Esta noche se trata de ti. No pienso hacer nada más que beber, coquetear y bailar.

—¿Y la gente se comporta así ahí? ¿Solo eso?

—Por supuesto. Sigue siendo un lugar para relacionarse con los demás y divertirse. Pero esa diversión puede derivar en algo para adultos si quieres. Ya sabes, para liberar el estrés. — Me dedica una sonrisa.

La rodeo abrazo e inhalo el ligero perfume floral que siempre le gusta llevar.

—Gracias por ser tan buena amiga. —Se me nubla la vista cuando corresponde a mi abrazo. Puede que esté un poco sensible, pero son momentos como estos los que me hacen sentir más que agradecida de que Anna decidiera sentarse a mi lado en nuestro primer día de secundaria.

—Tú harías lo mismo por mí —dice; da un paso atrás y me aparta un poco—. Quiero que vuelvas a sentirte bien contigo misma. Ese cabrón infiel no tenía derecho a hacerte sentir menos de lo que eres: una mujer increíble. No estuve ahí para apoyarte entonces, así que lo menos que puedo hacer es ayudarte a dejarlo atrás ahora mismo. ¿Y qué mejor manera de hacerlo que dándote un buen revolcón con un hombre guapo y rico al que nunca volverás a ver? —Me suelta y luego me da una palmada en el trasero, lo que me hace soltar un gritito—. Venga. Acabemos estas copas y vámonos. Una vez allí, te sentirás mucho más relajada.

—Vale. —Levanto la copa de vino y le doy un gran trago. Un poco de valor extra nunca le ha hecho daño a nadie, ¿verdad? Tras pasarme los dedos por el pelo una última vez, me vuelvo hacia la cama, donde me espera la máscara que Anna ha encargado para mí. Según ella, las máscaras que llevan en este club no son de esas con volantes y encajes que apenas ocultan nada.

La que ha elegido para mí hace juego con el pequeño tatuaje de una mariposa que tengo en la espalda. Fue el resultado de una

decisión impulsiva tras romper con Eric y darme cuenta de lo libre que me sentía de repente. Un cliché, lo sé, pero me encanta de todos modos. La máscara en sí ha sido hábilmente moldeada a partir de una fina capa de cuero flexible y está pintada en vibrantes tonos de azul, morado y negro. Cuando me la pongo, me tapa la cara desde la parte inferior de las mejillas hasta la parte superior de la frente; los bordes se elevan desde la línea de los ojos para imitar unas alas salpicadas de diminutos cristales que reflejan la luz y brillan con un resplandor iridiscente. Las únicas partes de mi cara que quedarán visibles una vez que me la ponga serán la mandíbula, la boca y los ojos.

Anna me quita la máscara de las manos con delicadeza.

—Te ayudo. Tenemos que llevarlas puestas cuando lleguemos.

Otra oleada de nerviosismo me invade. Me humedezco los labios, que de repente se han secado, le hago un gesto de asentimiento y me doy la vuelta para que pueda atar las cintas de seda. Después hago lo mismo con su máscara, diseñada para parecerse a las plumas de un pavo real. El cuero está teñido en un precioso degradado de azules, verdes y dorados. Al igual que la mía, está adornada con cristales para darle más brillo.

Cuando termino, nos ponemos una al lado de la otra frente al espejo.

—Vaya —suspiro. El resultado es impresionante... y extrañamente embriagador. El anonimato que proporcionan las máscaras alivia parte de la tensión que me ha estado atormentando durante los últimos días. Puedo ser quien quiera con ella puesta. Y mientras estudio mi imagen en el espejo, creo que tal vez voy a ser una mujer que por fin está lista para devolver la vida a las chispas reprimidas de su deseo.

El Uber se detiene frente a una entrada discreta situada entre dos edificios sin pretensiones en una zona tranquila de Manhattan. No hay ningún indicio de que se trate de un club, salvo por un hombre con un traje negro a medida que está frente a una sencilla puerta negra. En lugar del típico portero grande y fornido, este tipo es compacto y tiene un aspecto pulcro. Sin embargo, la intensidad con la que nos escudriña a Anna y a mí al acercarnos deja claro que sabe cómo lidiar con los líos.

Anna le tiende una tarjeta negra mate, que él escanea con un pequeño dispositivo que se saca del bolsillo. Cuando se lo pone delante, ella pone el pulgar sobre la pantalla. Enarco las cejas, molesta por todo este asunto del secretismo. Por no hablar de la idea de que mi amiga forme parte de ello.

El aparato emite un pitido y él le devuelve la tarjeta. Mira fijamente la pantalla y luego a mí, probablemente para confirmar mi identidad con la foto de identificación que tuve que proporcionar junto con mis datos.

Con un pequeño gesto de asentimiento, vuelve a guardarse el dispositivo en el bolsillo.

—Disfruten del Onyx, señoritas.

La puerta se abre con un clic y sigo a Anna al interior. La escena con la que me encuentro no es en absoluto lo que esperaba, aunque tampoco es que sepa cómo es un club de sexo de lujo. Pero el pasillo largo, oscuro y silencioso en el que nos encontramos me desconcierta, así como hermosa mujer pelirroja que está al fondo, con una sonrisa serena.

—Buenas noches, chicas —dice mientras Anna me lleva hacia ella—. Si queréis dejar aquí los bolsos, podéis pasar directamente.

—¿No los necesitamos para pagar las copas? —le susurro al oído a Anna.

—No. —Niega con la cabeza—. Nos abren una cuenta y, antes de irnos, pagamos todo lo que hayamos consumido.

Una vez que nuestros bolsos están a buen recaudo tras un panel cerrado con un teclado numérico, la mujer nos entrega unas pulseras negras con un número de cuatro dígitos dibujado en plata.

Me pongo la mía con el ceño fruncido y le dedico una mirada a Anna y luego a la mujer, que, al parecer, intuye mi confusión y se dirige a mí.

—Si quieres pedir una copa o contratar ciertas actividades, solo tienes que escanear tu pulsera. Está codificada con tus datos, y todo lo que compres se cargará a tu cuenta. Así no tendrás que preocuparte por tus pertenencias mientras disfrutas del lugar. Además, ten en cuenta que hay un límite de tres bebidas alcohólicas por persona durante la estancia en Onyx, para garantizar que tengas plena capacidad de consentimiento.

—Ah, sí, por supuesto. —Esbozo una sonrisa radiante para ocultar lo fuera de mi elemento que me siento.

Ella corresponde a mi gesto con una sonrisa tranquilizadora, como si pudiera ver más allá de mi fingimiento.

—La primera vez en el club siempre resulta un poco intimidante. Pero dale una oportunidad y creo que disfrutarás de la velada. Cómo se desarrolle todo depende completamente de ti. Por favor, recuérdalo.

Trago saliva para aliviar la sequedad de mi garganta y asiento.

—Gracias.

Tras eso, ella pulsa un botón y se abre una puerta. Anna me guía al interior y, un momento después, entramos en el club. Me detengo justo al pasar la entrada y echo un vistazo al local. A primera vista, parece un club nocturno superexclusivo. O al menos así es como me imagino que sería un club nocturno superexclusivo, ya que nunca he estado en ninguno. Aparte de las luces parpadeantes sobre la abarrotada pista de baile, la iluminación es tenue. Una barra larga y curvada se extiende a lo largo de un lado de la sala, y en los rincones más oscuros hay varios reservados con asientos.

Pero al fijarme mejor, capto todos los detalles que distinguen a este club de los demás. El más evidente es que todo el mundo lleva máscara, incluso los camareros. Mientras que la mayoría de los clientes lucen unas con muchos detalles y muy elaboradas, las del personal son negras y sencillas. El anonimato le da un toque especial a la escena que, como decía Anna, hace que el ambiente sea más misterioso y un poco más sexy. La música no es actual, por lo que puedo apreciar, pero tiene un ritmo grave y seductor que late detrás de mi esternón. El ritmo atrae mi atención hacia la pista de baile y, al contemplar a la multitud, me doy cuenta de que no solo bailan solteros y parejas, sino grupos de tres, cuatro o incluso más personas de todos los sexos restregándose unas contra otras.

Me muerdo el labio y sigo curioseando. Es entonces cuando me doy cuenta de lo que está pasando en la zona de mesas. En una de las cabinas, un hombre le ha bajado la parte de arriba del vestido a una mujer y se está echando sobre ella para poder... Ay, vaya.

Me invade una oleada de calor y aparto la mirada, solo para darme cuenta de que me he vuelto hacia un sofá donde otra mujer está a horcajadas sobre el regazo de un hombre. Está vestida, pero él le está amasando el trasero. No sé si la está moviendo o si ella se mueve por su cuenta, pero por la forma en que tiene la cabeza echada hacia atrás, está claro que allí está pasando algo más que un simple beso.

Trago saliva y me vuelvo hacia Anna, que muestra una divertida sonrisa.

—Estoy convencida de que yo tenía esa misma expresión en la cara cuando Rich me trajo aquí.

—Eeh, sí. Hay mucho a lo que acostumbrarse. —Suelto una risita nerviosa y me abanico con la mano—. Aunque, en realidad, esperaba que fuera más... —Vacilo, demasiado confusa como para encontrar la palabra que busco.

Ella arquea una ceja.

—¿Depravado?

—Supongo. Pero no lo digo en el mal sentido —me apresuro a aclarar—. Como..., no sé, gente atada y a la que azotan, o algo por el estilo.

Ella sonrío y señala un punto detrás de mí.

—¿Ves esa puerta de ahí?

Al otro lado de la sala hay una abertura en la pared pintada de negro y, a través de ella, se distingue otro pasillo oscuro.

—Sí.

—Eso lleva a la zona trasera. Hay un montón de espacios más pequeños para diferentes actividades. —Utiliza la misma palabra que la mujer de la entrada—. También hay salas privadas, con todo tipo de equipamiento. Ahí es donde ocurre la mayor parte de lo que estás imaginando.

—Ah. —Mis hombros se relajan un poco. No estaba segura de qué esperar, pero la posibilidad de toparme con una orgía se me ha pasado por la cabeza un par de veces. Sin embargo, aparte de lo que ocurre en algunos de los rincones más oscuros, es fácil fingir que esto es solo un club normal.

—¿Quieres una copa? —pregunta Anna.

Tras inspirar hondo, asiento con entusiasmo.

—Dios, sí.

Nos dirigimos a la barra, que, como corresponde, parece estar hecha de ónix retroiluminado. Su ligera curva cóncava hace que todos los que están junto a ella puedan ver y ser vistos. Pronto se acerca un camarero y escanea nuestras pulseras, y tras eso pedimos: un Manhattan para Anna y un Cosmopolitan para mí. En cuanto tengo la copa en la mano, doy un largo sorbo para calmar los nervios que me quedan. Luego me vuelvo para poder ver mejor lo que me

rodea. Todo el local rezuma exquisitez: puede notarse en las luces tenues que se reflejan en los paneles de cristal negro que recubren la pared que está detrás de la barra, en las botellas de licor dispuestas en las estanterías adyacentes y en las lámparas de araña de cristal que cuelgan del techo.

Las máscaras que llevan los demás invitados son similares a la mía y a la de Anna, aunque con una gran variedad de diseños. Hay máscaras de animales, de demonios, máscaras monas, máscaras bonitas, máscaras destinadas a asustar o intimidar... Las mujeres van vestidas de formas muy diversas, desde casi desnudas hasta con trajes ceñidos. Pensaba que iba atrevida cuando me he puesto mi conjunto más sexy y más adecuado para la ocasión: un vestidito negro con un escote pronunciado, una espalda aún más escotada y una falda que se ensancha en las caderas y me roza los muslos. Pero Anna y yo estamos entre las mujeres más *conservadoras* del lugar.

En cambio, muchos de los hombres llevan traje, lo que me desconcierta un poco. Suponía que habría más piel al descubierto. Pero quizá esa sea la clave. Quizá para mucha gente sea el desequilibrio de poder, o al menos la ilusión de este lo que los excita.

—¿Ves a alguien que te guste? —pregunta Anna.

Parpadeo y vuelvo a centrarme en ella.

—No estoy muy segura de lo que busco. Ni de lo que quiero. Ni siquiera de si quiero.

—No pasa nada, no hay prisa. Vamos a terminarnos las copas y luego a bailar. Y Violet... —Me toca la mano con una expresión que, por lo que puedo ver, es sincera—. Recuerda lo que te digo: no hay presión. Si lo único que hacemos es bailar toda la noche, perfecto, ¿lo entiendes?

Hace demasiado tiempo que no me concedo una noche para olvidarme de todas mis preocupaciones y bailar y divertirme, así que me doy cuenta de que tiene razón. Inspiro hondo y hago que desaparezca el último vestigio de nerviosismo. Por fin, la tensión abandona por completo mi cuerpo y le sonrío.

—Claro.